

EVAgua

Trabajar en EVAgua como voluntario fue una experiencia completamente nueva para mí. De vivir en una ciudad con más de 20 millones de habitantes me mudé a un municipio donde a duras penas hay 2 mil. Después de 15 años de ser estudiante en escuela privada pasé a ser docente en un colegio municipal. Haber vivido en Cuítiva el último mes y medio fue una experiencia, cuando menos, llena de contrastes.

Al llegar a Sogamoso y tener las primeras charlas cara a cara con Felipe y Pedro debo confesar que sentí un poco de temor. Dudaba si era capaz de enseñar a los niños a cuidar el agua y cumplir con el objetivo que mi voluntariado tenía. Más cuando los voluntarios anteriores habían logrado tanto. Sin embargo, la realidad en la que me encontré cuando entré a presentarme en el primer salón de clase fue aliviadora. Sin tener mucho preparado, pude conocer un poco a los niños e interesarlos. El simple encuentro con los niños, me di cuenta poco después, es una herramienta muy eficiente para crear una buena clase.

Las semanas fueron pasando y empecé a sentirme realmente cómodo en mi nueva vida. Las clases progresaban, el frío se asentaba (o yo me asentaba en el frío), y me iba abriendo camino entre los cuitivences; conociéndolos y dejando que ellos me conocieran.

No fue sino hasta mediados de la tercera semana, en una visita que le hice a Pedro, que me enteré que EVAgua seguía pautas marcadas por un plan nacional (Plan Nacional para la Gestión Integral del Recurso Hídrico). Esta noticia me desanimó, pues llevaba ya tres semanas dando clases según mi criterio, ignorando toda la gestión que existía detrás de mi voluntariado. Sentirme parte de la política colombiana me hizo sentir presionado y llegué a estresarme por ello, pero ahora que lo pienso, conocer el origen del voluntariado que yo hice no tenía por qué cambiar mi trabajo en sí.

En general, haber trabajado en EVAgua como voluntario fue una experiencia grandiosa. Grandiosa en parte por haber trabajado junto a Felipe Velasco y Pedro Reyes, quienes son verdaderos personajes.

Para empezar, ellos juntos coordinan el proyecto, y sin haber trabajado nunca con los dos al mismo tiempo, sentí que se complementaban muy bien para cumplir ese trabajo. Felipe es una persona que emana entusiasmo y lo contagia. Cada vez que hablaba con él me convencía de la importancia de poner la parte que a uno le sea posible para hacer un cambio. Felipe siempre estuvo atento y dispuesto a apoyar en lo que se me ofreciera, y cuando se me ofreció, él cumplió.

Pedro, por su lado, tiene una habilidad un poco envidiable para todo lo relacionado a la gestión. “Crear conciencia” y “generar un cambio en actitud” son tareas complejas que pueden desorientar a quienes las ejecutan. Sin embargo, Pedro tiene demasiada claridad y orden como para que eso sea un problema.

Fuera del voluntariado, me alegra haber trabajado junto a ellos por lo que digo. Creo que trabajar en fundaciones de esta naturaleza implica estar remando contra corriente constantemente. Es un trabajo de mucho desgaste y por ello me pareció admirable la dedicación y el acierto con el que realizan su trabajo.

Ahora mi voluntariado llega a su fin, y me voy contento. Me voy con el temor que sentí al principio completamente superado. De hecho, ahora me parece ingenuo haberme sentido así. La misma forma de funcionar de este tipo de voluntariados hace gran parte del trabajo que el voluntario viene a hacer. Los niños quieren aprender de uno sin que uno se lo proponga. Es un encuentro inmensamente provechoso, y me siento afortunado de haberlo vivido.

Sin embargo, detrás del funcionamiento armonioso del proyecto, sí existe una labor que no se hace sola, ni mucho menos. En EVAgua se está haciendo un cambio, y no el tipo de cambio de poner un granito de arena y esperar a que se desencadene una milagrosa solución. No; en EVAgua se aspira a un cambio significativo y para conseguirlo hace falta el trabajo de muchos.

En definitiva, el mes y medio que viví en Cuítiva fue una experiencia nueva, llena de contrastes y muy enriquecedora.